

## **KUNA YALA (2009)**

De Isla Perro a Ukuptupu vamos diez en el bote y el mar está algo picado. Miro a la joven gringa sentada dos bancos más allá. Tiene el cuerpo tenso y la cabeza entre las rodillas, no sé si porque reza o para contener el mareo. A mi lado, tal vez para darse ánimos, Pilar recuerda ahora qué lo pasó ayer, cuarenta y cinco minutos largos de Cartí a Ukutupu con el mar aún más movido, nuestro primer contacto estas aguas los dos solos con Eduardo, el barquero, y sin chalecos en el bote. Ella lo obligó a parar en la primera isla, consiguió dos, nos los entregó como quien cede a un capricho innecesario y siguió luego, el rostro inexpresivo la mirada fija en la lejanía, como si tal cosa.

Aquél sube y baja fue aún peor así que cuando, tras acabar con la prometida langosta y descansar un rato, partimos de nuevo, esta vez ya con Alberto al timón, y ella preguntó cuánto duraba y Alberto dijo “una media hora” enrumbando hacia lo que entonces nos pareció mar abierto, Pilar exclamó “por hoy ya tengo bastante” y girándose hacia mi añadió “son unos irresponsables”. A continuación lo obligó a virar hacia El Porvenir y yo no protesté de forma que terminamos en la minúscula playita del embarcadero,

bañándonos en un mar envolvente y cálido y observando el vuelo de los pelícanos.

Además de la pista y la chata torre del aeropuerto, en El Porvenir hay dos restaurantes, una tienda, un hotel y un pequeño museo. Una isla ni habitada ni deshabitada El Porvenir, un lugar para llegar y partir sin interés alguno. Nada que ver con Isla Perro y sus arenas blancas, el agua color verde jade y el herrumbroso casco del carguero hundido, dicen, hace unos sesenta años; sin olvidar los corales, los peces de colores, dos chocitas de techo de palma, una impagable sensación de lejanía y tantas leyendas como uno quiera imaginar. Ayuda que la isla gemela se llame del Diablo y que a unos quinientos metros al otro lado haya un islote mínimo de arenas refulgentes sobre las que se alzan una choza minúscula y dos palmeras.

- Cinco balboas por dormir ahí. Pura paja y pura hamaca y aún así se llena - explicó Alberto que es bajo, enjuto, renegrado y lleva la gorra azul y blanca de Balbina, la candidata presidencial recién derrotada, calada hasta las cejas. Además de barquero se metió en política y recién se ha hecho, dijo, agente electoral.

Sin duda el paseo hasta aquí mereció la pena: paisaje de postal, cocoteros, chozas de caña y palma, pelícanos, veleritos anclados y todo lo demás; es decir, dos o tres grupos de europeos

jóvenes, alemanes rubios y españolas en tanga, sándwiches espantosos, sodas frías, galletitas saladas y cuervos insolentes. Un poco más allá, en otra isla que se divisaba solo a medias, el grupo de la Smithsonian “hacía fondos”: ocho chicas y dos chicos de veinte, dos monitores y un matrimonio gringo con dos niñas pequeñas. Salen por la mañana y regresan a las cuatro, más menos como nosotros hoy. Los vimos tras el desayuno cargando el equipo: los monitores - un tipo grande y gordo con una camiseta de Ocracoke Island y una rubia madura, autoritaria y atlética - discutían con Mr. García con el gesto agotado de quien lleva dos semanas reclamando las mismas cosas para, finalmente, tener que ocuparse de todo por sí mismo.

“Un sueño para los amantes de la biología marina” me digo. Tranquiliza recordarlo ahora, en un bote sobrecargado que va dando bandazos sin tierra a la vista ni chalecos para todos. Solo nosotros los llevamos puestos. “Será la edad” me digo “O la falta de costumbre. O que el paso del tiempo le hace a uno más sensible al riesgo, a la fragilidad de esta embarcación, de un determinado modo de vida”.

Alberto gobierna el timón con la mano izquierda y achica agua con medio bidoncillo de plástico traslúcido en la derecha.

- Catorce años en el oficio - me dijo mientras compartíamos un sándwich de queso en Isla Perro. Es primo de Juan García y trabajó para él hasta que discutió con las hijas.

- Eran perredistas como yo - me explicó - pero durante la pasada elección se cambiaron de bando - Ahora trabaja por su cuenta. Albertina, la mujer de Juan, lo llama si se necesita refuerzo y él espera el sobre mensual que le ha prometido el diputado.

- Conozco las trescientas islas - añadió - Solo hay cuarenta y tres habitadas - Y a continuación: - Conozco estas aguas, las he navegado en verano e invierno, de día y de noche, desde aquí a la frontera con Colombia.

Se lo comentó a Pilar, intentando tranquilizarla, y al tiempo me pregunto qué pasaría si el motor fallase. Esto no se lo digo a ella. Barcas nuevas y con dos motores son la excepción en unas aguas donde predominan las canoas tradicionales provistas de un solo motor o impulsadas a remo.

Ayer, al regresar de El Porvenir, Alberto nos llevó a Wachubwala. En el muelle principal varios hombres observaban a un viejo carguero colombiano. Lo miraban con una atención concentrada, como si fuera la primera vez o esperasen que de repente se transformara en otra cosa. A pocos metros, había una abarrotería de la que entraba y salía gente. Del otro lado, casi en la

orilla, había niños jugando a voleibol, niñas con coletas y mujeres con el pelo corto ataviadas al modo tradicional. A la puerta de las cabañas algunas ofrecían collares, molas, taguas talladas y pequeñas piezas de madera y coral. Sobre muchas todavía ondeaban las banderolas y estandartes de la campaña electoral. Recorrimos dos o tres callecitas de arena batida bastante limpias. En una plazoleta, junto a un edificio de cemento con la pintura azul y blanca descascarillada, un grupo de jóvenes vestidos a la occidental bailaban sones tradicionales. Siete u ocho norteamericanos disparaban sus cámaras. Un cartel de madera escrito a mano informaba que el edificio servía, al mismo tiempo, como escuela y centro social. Pilar sacó su cámara pero Alberto la contuvo.

- Ellos son antropólogos – explicó - Y han pagado por esto.

Tenía prisa por llevarnos a su islote y mostrarnos su casa. Nada más llegar nos presentó al saila, un jubilado de la ciudad con camisa a cuadros y gafas de culo de vaso que se hamaqueaba en el interior de una choza grande repleta de bancos.

- Aquí viven ochocientas personas y yo resuelve los pleitos de la comunidad - dijo el jubilado

- Al saila se lo elige de una vez y de por vida - añadió lentamente, como si le costara hablar. Luego levantó una mano

nervuda y señaló dos fotos colgadas en lo alto de un poste: - Mis antecesoros - dijo.

- Siempre hombres - dijo Pilar y no quedó claro si preguntaba o afirmaba.

El saila asintió: - Sí, siempre hombres.

Con un tono de estudiada ingenuidad, ella preguntó cómo era eso posible cuando las mujeres son quienes más de cerca viven y mejor entienden los asuntos de la familia y de la casa, las más versadas en los temas locales.

El saila sonrió y no dijo nada.

El mar sigue movido y nos pega de costado. A veces pega duro, o a mí me lo parece, y Alberto trata de anticipar cada ola y tomarla con la angulación apropiada. Ayer nos dijo que ahora, en invierno, el mar está más bien tranquilo, que es peor en verano. Avistamos nuestro grupo de islas: una fina línea palmeras y dos o tres mástiles en la lejanía. Otros diez minutos y habremos llegado. Llegar ensopados es lo de menos. Lo importante es llegar, pisar tierra, alcanzar la cabaña, quitarnos la ropa y ducharnos con agua dulce. Aunque “ducharnos” no sea el verbo adecuado y “cazolearnos” resulte mejor.

- El agua dulce la traemos de tierra firme en esos bidones - explicó Aurelio, nieto de Juan, esa tarde en el muelle mientras,

esperando sentados con él y una pareja de jóvenes panameños amigos suyos, una canoa pasó frente a nosotros trasportando cuatro o cinco grandes bidones de plástico azul. Los tres vinieron con nosotros en la barca. Aurelio recostado en proa y el amigo se las daba de duro sonriéndole con superioridad a la chica hasta que el golpe imprevisto de una ola alta le cambió la cara.

- Entramos por la desembocadura del río, buscamos una zona de curso limpio y allí - prosiguió Aurelio como si hubiera hecho el recorrido más de una vez.

En una cabina lateral hay dos baldes, la mitad de una botella de plástico, dos pastillas de jabón y una jabonera sobre una repisa. Eso es todo. Y es mucho. Tras un día de sal, arena, sol y viento el contacto del agua dulce sobre la piel sabe a gloria. Poco importa que la puerta no tenga pestillo o que por sobre las tablas del suelo correteen unos feos cangrejos de ojos saltones que te miran todo el tiempo. En la cabina contigua está el retrete. Tan solo una ducha y un retrete para ocho cabañas pero al menos este tiene asiento y papel higiénico, tremendo lujo aquí. Resulta complicado de noche, sobre todo si te olvidó la linterna pues luz eléctrica solo hay de siete a diez. Pero al menos uno no tiene la sensación de cagar a pulso sobre el agua.

- Lo más difícil - insistía Aurelio - es cambiar la mentalidad.

Discutimos sobre cómo impulsar el turismo en Kuna Yala. Su amigo relató su experiencia regentando una pensioncita en Panamá City y aportó un par de ideas. Aurelio siguió explicando cuánto le costó convencer al viejo para armar la página electrónica de las Cabañas. Yo aproveché para insistir en la limpieza, Pilar en la preparación y presentación de la comida. Subrayamos la importancia de explicar con antelación y detalle las excursiones en barca. Nos interrumpió la llegada del carguero colombiano al muelle de Wachubwala. Dos docenas de hombres y mujeres ataviados a lo Panama Jack desembarcaron con mochilas, bolsas y maletas y desaparecieron tras la tienda de abarrotes.

- Parecen saber adónde van – comenté.

- Doctores - respondió Aurelio - Los trae la misión cristiana un par de veces al año. Se quedan en el hotel durante una semana. Atienden, curan y operan gratis: Luego se van y a los seis meses vienen otros.

- ¿Los evangélicos ganan terreno? - pregunté.

- Sí, claro - respondió Aurelio - Están cerca de la gente. Y no solo predicán. También se ocupan de cosas prácticas.

Albertina se acercó al muelle y gritó “la cena está lista”, la frase más larga que yo le había escuchado hasta ese momento.

Nuestra segunda cena fue igual a la primera: arroz, patacones, un pedazo de pescado o de pollo, mostaza o Ketchup, guineos de postre. Mientras nos sirven contemplamos como tres perros le ladran a un gato negro subido a una viga de la cocina y al loro verde que se pavonea por entre las mesas. Stephanie y Wen las dos jóvenes con quienes fuimos a Isla Perro se sientan con nosotros. Han terminado sus dos años con el Peace Corps en Guatemala y están de vacaciones. Stephanie vive en Chicago y acabó sociología. Wen ha terminado ingeniería y es de Syracuse, New York.

Les hablamos de nuestra vida en los Estados y ellas de la suya en Guatemala. Inevitablemente, pasamos a la historia: de Guatemala, de Panamá, de América Latina. Pilar les habla sobre Cuba, sobre México, sobre los modelos familiares en esos países, sobre las complejas relaciones entre crecimiento económico, desarrollo social e identidades culturales, sobre lo que hemos visto y leído de las relaciones entre hombres y mujeres en la sociedad kuna.

- Aquí, como en otras partes, ellos visten como quieren y a ellas les toca vestirse a lo tradicional- insiste Pilar.

Se las ve sorprendidas y fascinadas. Nos dan las gracias. Nos dan sus correos electrónicos. Pilar queda en enviarles bibliografía sobre estos temas.

“Tan ignorantes como las europeas de su edad”, me digo, “pero más ingenuas. Con menos retranca y más ingenuas. Está claro que no esperaban una cena así”

Mientras, el gordo monitor del Smithsonian ha sentado a su grupo e intenta conseguir cervezas. Se levanta. Se sienta. Se vuelve a levantar. Se vuelve a sentar. Por fin, Mr. García se le acerca y le explica algo en voz baja y con gesto misterioso. El gringo se inclina hasta que su oreja casi toca la boca del kuna. Ni queriendo puedo imaginar mayor contraste: el enorme gringo y el pequeño kuna conversando de ese modo. Por fin, el gringo alza los brazos, sacude la cabezota y le dice a su grupo “Que se acabe la cerveza porque hayan llegado misioneros cristianos no me parece muy cristiano que digamos” o algo parecido a eso.

Fue entonces, vaya usted a saber por qué, cuando recordé a Alberto en Isla Diablo mientras me contaba cómo los kuna entierran a sus muertos: en Tierra Firme, cavando un hoyo profundo y tapándolo con tablas de las que cuelga la hamaca donde reposa el difunto. Cada familia, prácticamente cada comunidad, dispone de un terreno para sus muertos. Me dijo que la mayoría de los kunas

de la ciudad piden ser enterrados aquí, de forma que la Tierra Firme - provisoramente de agua, de caza, de frutos, de morada última - se me apareció como lo que sin duda es: la condición necesaria para la supervivencia de la civilización kuna.

Seguramente no fue entonces, mientras regresábamos del comedor a la cabaña, acariciados por la suave brisa y rodeados por el murmullo del agua, cuando me lo formulé con claridad sino dos días más tarde, leyendo en casa de Huberto y Anabel el anuncio del recién electo presidente Martinelli, uno de los empresarios más ricos del país, sobre que la solución al tapón del Darién sería una carretera que uniese Panamá y Colombia por Kuna Yala. Sí; seguramente fue allí cuando me dije que si tamaño disparate se podía formular al término de una reunión con otros presidentes de la región era porque tenía su lógica. Una lógica que no era, precisamente, la que se había expresado públicamente sino otra muy distinta y menos confesable: la definitiva apertura a la especulación urbanística, y a la explotación forestal y minera, de los recursos de la comarca.

Tres días después, en una de las casas que Sandra Eleta mantiene frente a la bahía de Portobelo, Miguel García, cineasta chileno afincado en Panamá desde hace veinticinco años, ratificó mis sospechas con una información que yo desconocía y era el

auge experimentado en estos últimos años por la búsqueda informal de oro en los cauces y arroyos de Kuna Yala, los cuales mostraban cada vez mayores índices de contaminación por cloro, amoníaco y mercurio.

Miguel y Vero, su novia norteamericana, se habían pasado dos años armando una película de 140 minutos sobre la vida de los kunas en la ciudad de Panamá y en la comarca, y venían de presentarla en media docena de los festivales de cine independiente de mayor prestigio de las Américas. La película, que ella dirigía y él producía, había recibido ya varios premios y con sus aciertos (muchos) y limitaciones (pocas y casi todas derivadas del, en mi opinión, excesivo empeño en agradar al Consejo General Kuna) muestra bien a las claras los peligros que se ciernen sobre una de las regiones (y uno de los modos de vida) más genuinos y de personalidad más acusada de Centroamérica.

Esa noche dormimos a pierna suelta, sin notar el chapoteo del agua entre las pilastras o el sordo golpeteo de las olas contra el lejano arrecife. Ni siquiera nos inquietó el relato de Aurelio según el cual una noche de verano de hacía dos años un mar sorpresivo y bravo se había llevado por delante dos cabañas del complejo. Desde la ventana de la nuestra podíamos ver los pilotes de anclaje

y una escalera metálica apuntando al cielo como un mudo recordatorio del desastre.

Nos sobresaltó, eso sí, el ajetreo de los del Smithsonian preparando su partida de Ukuptupu y durante el desayuno el ruido ronco de la avioneta que media hora antes había despegado del aeropuerto de Albrook y se preparaba a tomar tierra en El Provenir. Mientras Eduardo cargaba el combustible a la lancha nos sentamos en el muellecito y contemplamos por última vez el mar de color verde jade, tan tranquilo ahora como un plato; el casco desportillado, el puente envejecido y el toldillo sobre la cubierta del carguero colombiano; los fuera-bordas amarradas a popa y los altos mástiles de los dos veleros de recreo sin nadie a la vista; y más allá, en una actitud entre recatada y expectante, un barco que no habíamos visto antes, un velero grande de dos palos y máquina de carbón que, según Alberto, había estado traficando con todo tipo de pasajeros y mercancías entre Cartagena y San Blas durante los últimos noventa años. Cuando le pregunté por qué estaba tan seguro de eso me dijo que su padre ya le había hablado de ese barco cuando era un niño y que su abuelo también le había hablado de él a su padre.

Pensé en aquél barco, en sus pasajeros y en su tripulación, y sentí de nuevo la fascinación que desde niño han ejercido sobre mí

los barcos. No cualquier barco sino ese tipo de barcos: viejos, pringosos, sucios, sobrepasados por la tecnología y las necesidades del comercio, testigos postreros de una época que ya declinaba cuando los botaron pero capaces de aún de navegar, de resistir temporales y marejadas, de esquivar bajíos y arrecifes, boxeadores exhaustos y sin gloria posible, al borde siempre del postrer espasmo y capaces sin embargo de ponerse en pié de nuevo para un último esfuerzo, para una nueva y agónica singladura. Fuese cual fuese su destino y su carga hubiera dado media vida por un mes de singladura en aquél navío.

Del ensueño me sacó Negro, uno de los perros de Juan García, que se tiró al agua y nadó a sus anchas ante nuestras narices “¿Sabrá pescar” pensé “¿como hace años me dijeron que sabían los perros asilvestrados de los manglares de Portobelo?”. Lo estuve mirando hasta que salió del agua y se fue a sacudir junto a Eduardo quien, terminado el trasiego del combustible, se puso en pié y vino hacia nosotros con un bidón de nafta en cada mano, pero no saqué nada en claro.

Tomamos los chalecos que Eduardo nos tendió sin alterar el gesto, guardé el cuadernito de notas en la mochila y salté a la barca. Nos cruzamos con un par de canoas de pescadores y vimos alguna otra en mitad del agua y sin nadie dentro.

- Bucean. Para langosta - se dignó por fin decir Eduardo.

A la distancia eran tan pequeñas que hasta las mínimas ondulaciones de un mar en calma las hacían desaparecer entre sus breves crestas. Y no quise mirar atrás para despedirme porque, extrañamente, no tenía la sensación de estar marchándome de sitio alguno.

Navegábamos a favor de la corriente y el mar estaba tan plano que Pilar no se puso el chaleco.

- Para redimirme - explicó sonriendo.

Enrumbamos hacia el sureste, hacia Mulatupu la isla de Alberto, no Alberto el barquero, claro, quien se había despedido de nosotros tras el desayuno, sino el Alberto con quien, estando nosotros todavía en España, Vicki Carrillo nos había arreglado el viaje desde Panamá a Kuna Yala.

En poco más de veinte minutos llegamos a un embarcadero de madera en cuyos lados se amontonaban los desperdicios. Se suponía que allí debía esperarnos Heraclio, el socio de Alberto pero no había nadie. Yo tenía su número de móvil pero mi móvil no tenía batería. Cargamos las mochilas y la bolsa y caminamos un corto trecho y dimos en un placita de cemento, una especie de patio de colegio con rayas de voleibol y de basket recién pintadas. Dos o tres niños y niñas uniformados correteaban por allí. Había aulas

vacías con cuadernos y lápices sobre las mesitas. En una de ellas una mujer vestida al modo occidental se inclinaba sobre una mesita y ordenaba papeles. Le pregunté donde podía encontrar un enchufe para mi móvil, me miró, no dijo nada y señaló un callejón en el lado izquierdo de la plaza junto a una iglesia adventista. Lo recorrí. Llegué a un patio umbrío y más pequeño donde había dos hombres. Repetí la pregunta. Me señalaron el zaguán de una puerta. Lo franqueé. Era una cabaña de techo muy alto dividida por tabiques de palma. De la viga maestra, a una altura que me pareció sideral, colgaban perchas con camisas de hombre, polleras de colores y ropitas de niño. Una mujer de mediana edad, vestida a la occidental, me miró sorprendida. Repetí la pregunta. La mujer dio una voz y apareció un joven. Volví a preguntar con mi mejor sonrisa, y él dijo - Aquí mismo. Solo entonces vi el equipo de música, delante de mis narices, no muy moderno pero tampoco demasiado antiguo. Había casetes y CDs por todos lados y un enchufe múltiple amarrado a un poste con cinta aislante. Enchufé mi móvil y le di las gracias al joven, y justo entonces, como si el extraviado o demorado fuera yo, apareció Pilar seguida de Heraclio. Le pregunté al joven si podía dejar allí mi móvil mientras se recargaba y él respondió: – Adelante - Y esbozó una sonrisa.

Recorrimos la isla hasta el extremo opuesto, donde alguien le había hecho una piscina de agua de mar a un carey que intentaba escapar de su encierro sin conseguirlo. Un hombre moreno y delgado se afanaba sobre unos arriates minúsculos en compañía de tres periquitos que lo seguían a todas partes como perrillos falderos. Había dos mujeres tendiendo ropa y una niña albina, que me pareció demasiado alta para ser kuna, y otra niña morena y vivaracha que intentó vendernos cuatro collaritos de conchas por un dólar. A la puerta de una choza había un chico maquillado como si fuera una muchacha. Lo habíamos visto al pasar y él nos había visto a nosotros y se había escondido. Sin embargo, ahora nos sonreía y aceptó encantado que Pilar le fotografiara. Dijo llamarse Boris. Le compramos un collar de cuentas de cristal. Le calculé entre dieciséis y diez y ocho años y estaba claro que le gustaba mostrarnos su singular condición.

Heraclio nos condujo por un callejón que daba a una placita de forma irregular donde había ropa tendida, piezas de chapa y bidones de plástico. En la esquina había una choza con varias sillas de plástico y una pila de cajas de botellas de soda en la puerta. Frente a ella dos hamacas colgaban del porche bajo de otra choza desde donde una mujer de mediana edad y otra más joven con un niño en brazos nos observaron sin inmutarse. El otro lado del

callejón lo constituía el costado de una casa de madera de dos pisos, aún sin terminar en cuyo interior tres niñas de entre cinco y siete años coloreaban cartillas con ceras colores y, de vez en cuando, se inclinaban sobre una cocinita de juguete. En el porchecito de esa casa cuatro hombres maduros y otro más joven le sacaban la carcasa a un fuera borda. El joven manejaba un enorme destornillador con una mano y un trapo manchado de grasa con la otra. Los otros cuatro miraban, hablaban entre sí y seguían mirando.

Pedimos dos colas y una botella de agua y nos sentamos. La mujer de mediana edad se levantó de la hamaca. Llevaba un corpiño rojo, una falda de seda amarilla con dibujos violetas y rojos y un pañuelo kuna en la cabeza. Entró en la choza y volvió a salir acompañada de una anciana que llevaba unas cuantas piezas de tela en las manos. Rojas y amarillas, azules y blancas.

- Muy bonitas - exclamó Pilar.
- Los diseños son kuna - dijo Heraclio – Pero las telas vienen de China.

Al ver que no había negocio a la vista, las dos mujeres volvieron a entrar y ya no salieron. Llegó un niño y le enseñó a la mujer joven algo que parecía una moneda. Esta se levantó, dejó a la criatura en la hamaca, entró en la otra choza y salió con algo que

parecía un sorbete. Se lo dio al niño, tomó la moneda y regresó a la hamaca. El niño desapareció por el callejón. Poco después llegó otro niño y la operación se repitió. Sin un gesto, sin una palabra. Sentado a nuestro lado, Heraclio terminó de hablar por el móvil y nos sonrió. Alberto estaba a una media hora del muelle de Cartí y había que ponerse en marcha.

De camino hacia el embarcadero, al otro lado de una tapia de cañas escuché la voz de una chica joven, desgranando, con el breve acompañamiento de unas maracas, la historia del marinero a quien la noticia de la grave enfermedad de su madre sorprende en alta mar (“Pero me llegó una carta que mi madre agonizaba”) y pese a su denodado empeño (“Y me vine como pude para ver si la alcanzaba”) no logra regresar a tiempo de darle un último beso. Por ello, ya en el cementerio, le pide excusas (“Madrecita yo te pido por favor que me perdones, de rodillas en tu tumba te traigo estas lindas flores”) e implora su definitivo perdón (“tú que estás allá en el cielo mándame tus bendiciones”).

La sorpresa de semejante hallazgo en semejante lugar, el tono riante de la voz, la pronunciación cristalina del idioma, el ingenuo encadenamiento de las cuartetas, la suavidad de melodía – a medio camino entre la habanera y la copla – lo melancólica de la letra, el forzado anonimato de la cantante, todo ello me produjo un

efecto extraño, algo así como un hechizo poderoso y repentino, que me tuvo clavado en aquél lugar hasta que la canción terminó y me acompañó luego, resonándome en la cabeza y bajándome hasta los labios, mientras recuperaba mi móvil, nos embarcábamos y recorriamos el trayecto hasta el embarcadero de Cartí donde nos esperaban Alberto y Elbia, su mujer, y sus dos hijos, de seis y dos años.

Para los niños era su primera visita a la isla de sus padres y, por extensión, a la comarca, y eso le producía a Alberto una emoción especial. Era obvio que podíamos habernos ahorrado el viaje de ida y vuelta esperándoles en Mulatupu. Pero el sol brillaba, el mar estaba como un plato, la brisa atenuaba el calor y Alberto aprovechó el trayecto para exponernos sus ideas sobre el desarrollo de la zona que, entre otras cosas, incluían la explotación turística de las playas del pueblo en tierra firme (“mucho mejores que las de las islas vecinas”). Siendo ya miembro del congreso kuna estaba dispuesto a candidatearse como representante de la Región 1 en el Congreso panameño para impulsar sus proyectos. Un planteamiento que debía estar haciéndose más gente pues, como pudimos comprobar, Vero y Miguel habían incluido en su película una operación similar protagonizada por un consorcio gringo-panameño en el que un emigrante kuna residente en la Ciudad de

Panamá desempeñaba un papel a medio camino entre el de tonto útil y el de cooperador necesario.

Desembarcamos de nuevo en Mulatupu, cruzamos la placita de la escuela y al llegar al mismo lugar escuché la misma voz cantando la misma canción, esta vez en lengua kuna. Yo no podía entender la letra, naturalmente, pero la suave e irresistible melancolía de la música me envolvió sin remedio una vez más.

Alberto nos condujo a la choza de su familia. Entramos. Había una fila de arriates de flores bordeando una tapia de caña y un pequeño jardín junto a una puerta baja.

- A mi madre le gustaban mucho las flores - dijo. Y luego: - El espacio aquí es muy escaso pero me gustaría ampliar esta casa, levantarle otro piso.

De camino hacia el callejón del colmado nos cruzamos con una turista obesa de rasgos asiáticos guiada por dos niños a los que seguía un turista anglo viejo, arrugado, altísimo. El hombre caminaba descalzo, los seguía con dificultad y parecía a punto de desarmarse en cada paso. Me fijé que asía una bolsa de lona con una mano y un enorme fajo de dólares en la otra. En rostro creí ver una expresión hecha de agonía y asombro a partes iguales.

Llegamos a la misma esquina y nos sentamos en las mismas sillas. A nuestra espalda los mismos hombres se afanaban sobre el

mismo motor que, a requerimientos del más joven, mostraba, desnudo, sus intimidades. Un obrero bajó del segundo piso de la casa en construcción secándose las manos con una pequeña toalla mugrienta. En el extremo opuesto del callejón, una joven envuelta en una toalla de baño se aclaraba el cabello con el agua de una jarra. Tenía la piel del color de las aceitunas claras y unos ojos rasgados y grandes que muy bien podían ser verdes. Seguimos sentados preguntándonos qué habíamos ido a hacer allí hasta que – lo comprendimos al verlos llegar - Elbia y sus hijos terminaron de despedirse de la parentela en debida forma.

Regresamos a la barca y, navegando una vez más paralelos a la costa, cruzamos frente a la isla grande de Cartí.

- Viven más de tres mil en esa isla - explicó Alberto - Hay centro de salud y escuela y hasta universidad ahí; pero nuestras playas son mejores – remachó.

Nos habló de su colección de fotos y especulamos cómo organizar un museo de la memoria kuna. Le entusiasmó la idea e insistió en enseñarnos las fotos en cuanto llegásemos a Panamá. Por supuesto, aceptamos.

En el muelle nos aguardaba Agapito con el pick-up. Me despedí del último avión que había tomado tierra en aquella pista (abandonado no hacía ni tres meses ya le habían sacado hasta los

asientos), del desmadejado puesto de control, de la media docena de personas que se agolpaban en torno a él, de la pista de cemento transformada en improvisada avenida.

El trayecto hasta la Interamericana me pareció igual de torturado pero más corto que a la venida. Según Agapito treinta carros lo recorren cinco veces al día llevando y trayendo turistas desde la ciudad de Panamá hasta el muelle.

- Serán muchos más cuando acaben el puente"- dijo - y no haya que vadear el río - Agapito es dueño de una chiva y de dos pick-up y quiere ampliar negocio - Como se ve - prosiguió entusiasmado - están mejorando la calle, le están dando duro sobre todo en el lado kuna, antes te quedabas varado en la loma de Pingandi o en la de la Iguana y nada que hacer. Ahora está bonito pero incluso así si llueve duro con mi chivita no me atrevo - Y rápidamente volvió a lo suyo, es decir, a tratar de convencer a Alberto: - Tu eres de acá - le decía - Conoces a la gente... Fíjate en el chino ese que acabamos de cruzar, años le costó, suministros les daba, y medicinas, a veces ni les cobraba, y mírale ahora, sus tres hijos han dejado el trabajo en la ciudad y ya están manejando tres carros, su buena plata le sacan - Y así, dale y dale, la hora y media de carretera de tierra entre Cartí y Los Llanos, y también luego, durante la parada en la fonda de Alicia.

Poco más que un galpón esa fonda, con dos mesas y techumbre de paja, pollo o mondongo, arroz y patacones, el tomate crudo ni tocarlo, ya se sabe, y luego derechos hasta la capital, para Agapito tres horas de hablar y hablar, de echar cuentas, de calcular ganancias y riesgos, mientras Alberto asentía en silencio, la pequeña dormitaba en brazos de Elbia y el mayor trataba de cambiar de asiento a cada rato. “Emprendedor y realista este Agapito, me dije, y entendido en carros, si vamos al Darién será con él. Se lo digo.

- Está bien bravo aquello – dijo - traficantes, madereras, bandidos... Dicen que la carretera llega hasta Yaviza pero desde mucho antes ya se pone bravo.

Conversador y extrovertido este Agapito, con su par de buenas historias que contar, la de Juan Navarro, el kuna de Wichubwala, por ejemplo, el primer kuna que se hizo capitán de barco. Navegó por el mundo hasta que durante una escala en Veracruz, un perno de la sala de máquinas lo golpeó en la cabeza.

- No lo mató - prosiguió Agapito - pero ese man quedó medio loco, al final lo trajeron a Panamá y lo metieron en el Matías Hernández, poco a poco mejoraba y lo iban dejando salir, y entonces él se iba hasta el apartamento donde paraba su mamá cuando venía a visitarlo y se sentaba en las escaleras, allá

esperaba hasta que ella llegaba o los vecinos llamaban a los custodios para que lo llevaran de vuelta, yo lo sé porque mi suegro había rentado el apartamento de al lado y sus buenas vainas se montaban, el caso es que así siguió hasta que un día los médicos dijeron que ya no había más que hacer, entonces su familia lo llevó de regreso a Kuna Yala y le dieron la medicina kuna, no me pregunten qué vaina oyen, y ese man se repuso, me oyen, se curó del todo, y cobró los 250.000 dólares de la póliza, se metió en el negocio de marisco y acabó casado con dos mujeres, manteniendo dos familias, con la primera tuvo dos hijas y con la segunda un hijo adoptado, a cada una le compró una casa, no viven lejos y se llevan bien entre ellas, afortunado al final ese man no les parece.

Llegamos a casa de Huberto y de Anabel a las 15:30 y a las 17:15, bajo un aguacero de diluvio, ya estaba Alberto con un taxi en la puerta para mostrarnos las fotos. Terminamos en el ciber de un super de la Tumbamuerto y solo con ver el contenido del segundo archivo comprendimos que aquello daba para lo que daba, procuramos no desanimarlo y regresamos pronto a casa.

Una semana después, en una revista para gringos del Ministerio de Turismo tropecé con un artículo sobre San Blas en el que se decía que los kuna no reconocen la propiedad privada sobre la tierra pero sí sobre las palmeras, y que la venta de cocos seguía

siendo, junto con la de molas, su principal fuente de ingresos. Paradójico, me dije, que los panameños que menos panameños se consideran, los únicos que han protagonizado una insurrección (trionfante) contra la república y que parecen haber sido capaces de resistir la fiebre consumista que devora al resto, sean los autores de la artesanía más famosa del país.

“Mejor sería decir las autoras” me corregí.

Kuna Yala y sus gentes viajaron con nosotros durante las tres semanas que pasamos recorriendo el país. Una tarde, en la terraza de un pequeño hotel de Bocas del Toro, frente a las aguas que Colón surcó en su último viaje, leí en la guía que “si a gran parte de los europeos nos preguntaran por nuestro concepto de lugar paradisíaco posiblemente describiríamos algo muy parecido a Kuna Yala: islas desiertas de arena blanca, aguas transparentes y palmeras repletas de cocos. El paisaje de Kuna Yala se acerca mucho al lugar más perfecto que uno pueda imaginar”.

Me pregunté si mi idea del paraíso coincidía o no con la de la guía y achaqué al paisaje de Bocas – tan potente o más que el de Kuna Yala, más desarrollado, menos indígena, más mestizo, menos adanista – a las aguas, los cielos, las casas y las gentes de Bocas, el no obtener una respuesta clara.

En cualquier caso, algo debía tener aquél archipiélago remoto y frágil para que no se nos fuera de la cabeza ni a sol ni a sombra. O tal vez fuese lo que no tenía porque puesto a recordar, recordé que en San Blas no hay coches, ni cajeros automáticos, ni ascensores, ni anuncios luminosos. Ni tampoco policías, semáforos, discotecas, cárceles, templos, contaminación atmosférica, aparatos de aire acondicionado o supermercados.

Salí a la terraza, contemplé el trasiego de lanchitas hacia Almirante, hacia Careneros, hacia Bastimentos... Y más allá, hacia la bahía de los Delfines y la zona de los manglares rumbo a Cayo Zapatilla, y me dije que en todo caso la cuestión no es si Kuna Yala representa o no el paraíso para el turista occidental de clase media (de hecho fue allí, en Bocas, buscando un imposible sin saber que lo era, y no en el archipiélago de San Blas, donde Colón situó el Paraíso durante su último viaje). Ni, mucho menos, si la comarca se ha mantenido inalterada con el paso del tiempo (nada ni nadie lo logran del todo) sino, antes bien, por cuánto tiempo seguirán siendo los kunas sus verdaderos dueños, durante cuánto se mantendrá en tan precario equilibrio.

Tuve la impresión de que no demasiado.

Alberto Infante Campos

Julio-Agosto de 2009